



INTERNACIONAL

Irán: anatomía de un Estado que no cae

Araceli Jiménez Segura

Analista, especializada en Oriente Medio

Este Papeles es un análisis estructural de la geografía de Irán, de su arquitectura interna y de su doctrina estratégica, y explica por qué las categorías que se aplican habitualmente a Oriente Medio resultan insuficientes cuando se utilizan para la República Islámica.*



La torre Azadi, en Teherán, con los colores de la bandera iraní

* Este artículo está basado en una conferencia pública impartida en febrero de 2026 y posteriormente desarrollada en formato de ensayo para su difusión más amplia. Las opiniones expresadas en el mismo son de la ponente y autora del ensayo.



Irán es uno de los países más estudiados y menos comprendidos del mundo. Los marcos habituales (amenaza nuclear, actor desestabilizador regional, paria teocrático) dicen algo, pero sistemáticamente pasan por alto lo más importante: el peso civilizador del Estado iraní, la lógica estructural de sus instituciones y la racionalidad estratégica de su comportamiento. Sí, Irán es una teocracia. Ciertamente, Irán es una teocracia. Pero es una teocracia construida sobre una de las identidades civilizadoras más antiguas y conscientes de sí mismas del mundo, que gobierna a una población mucho más diversa étnica, lingüística y religiosamente de lo que sugiere su imagen exterior. Esa combinación lo hace considerablemente más complejo y resiliente de lo que cabría esperar.

Parte de esa distorsión se debe simplemente al desconocimiento. El Irán que aparece en la mayor parte de la cobertura occidental es un bloque monolítico: uniformemente chií, uniformemente persa, uniformemente hostil. La realidad es considerablemente más compleja. Los persas étnicos representan aproximadamente el 60 % de la población; el resto lo componen azeríes, lors, baluchis, árabes, kurdos y otros grupos. En términos religiosos, Irán es predominantemente musulmán chií, con una importante minoría suní. Lo que se aprecia con menos frecuencia es la profundidad de su diversidad confesional: comunidades cristianas, judías y zoroástricas han coexistido durante siglos dentro de la sociedad iraní y están reconocidas formalmente en la Constitución, con representación parlamentaria. Los bahá'ís son una excepción notable, no reconocidos y activamente perseguidos por el Estado, pero esto no resta valor al punto principal: Irán tiene una larga historia de pluralismo religioso que su imagen exterior rara vez refleja.

Desde el punto de vista geoestratégico, hay tres premisas que deben tenerse presentes desde el inicio: Irán es una fortaleza natural. Tiene 92 millones de habitantes. Y nunca ha dejado de ser persa, nunca ha dejado de tener una identidad propia profundamente arraigada y con base histórica. No se trata de detalles secundarios; constituyen la base analítica de todo lo que sigue.

Tres premisas: geografía, demografía, continuidad

En primer lugar, la geografía. Las cordilleras de los Zagros y el Alborz (con una altitud media de entre 3000 y 4000 metros, y picos que alcanzan los 4409 metros) forman las fronteras occidental y septentrional de Irán con Irak y Turquía. Al este,

► **Irán es una teocracia construida sobre una de las identidades civilizadoras más antiguas y conscientes de sí mismas del mundo, que gobierna a una población mucho más diversa étnica, lingüística y religiosamente de lo que sugiere su imagen exterior**



► **En términos religiosos, Irán es predominantemente musulmán chií, con una importante minoría suní. Lo que se aprecia con menos frecuencia es la profundidad de su diversidad confesional: comunidades cristianas, judías y zoroástricas han coexistido durante siglos**

dos vastos desiertos lo separan de Pakistán y Afganistán. Al sur, el mar. Esta no es una topografía circunstancial. Es la razón por la que Irán, a diferencia de muchos de los Estados que lo rodean, ha mantenido una continuidad territorial reconocible a lo largo de siglos de conquistas y convulsiones. También explica por qué Irán es, al mismo tiempo, una fortaleza natural, pero también una prisión para cualquier potencia que se adentre en él.

En segundo lugar, la demografía. Cuando Estados Unidos invadió Irak en 2003, Irak tenía aproximadamente 25 millones de habitantes. Afganistán tenía 21 millones. Irán tiene 92 millones. La comparación debería hacer reflexionar a cualquier planificador militar.

La tercera premisa se refiere a la continuidad histórica. Irán ha sido una potencia imperial, especialmente bajo los aqueménidas, y de nuevo bajo los sasánidas, que cayeron ante las invasiones árabes del siglo VII. Aquella conquista introdujo el islam, pero no extinguió la identidad persa (en un sentido amplio e histórico, más allá de lo étnico). A diferencia de muchos territorios incorporados al mundo islámico temprano, Irán conservó su lengua. Los iraníes continuaron celebrando tradiciones preislámicas, sobre todo Nowruz, el año nuevo persa, que aún se celebra cada 20 de marzo según el calendario solar. La idea es simple pero fundamental: Irán se convirtió al islam sin dejar de ser persa. Esa doble identidad, islámica e iraní, no es una contradicción. Es la base de la identidad del país.

Tres rasgos, por tanto, definen el punto de partida: una geografía que parece diseñada para la defensa y hostil a la ocupación; un peso demográfico que supera con creces cualquier intervención militar occidental reciente en la región; y una identidad civilizadora que ha absorbido conquistas, conversiones e imperios sin perder su continuidad esencial. Cualquiera que analice Irán sin tener en cuenta estos tres elementos, sencillamente no está analizando Irán.

Febrero de 2026: negociación y escalada, simultáneamente

A principios de febrero de 2026, Irán y Estados Unidos iniciaron una ronda seria de negociaciones nucleares. La primera sesión tuvo lugar en Omán el 6 de febrero. La segunda, en Ginebra el 17 de febrero. La tercera, el 26 de febrero y tam-



► **A diferencia de muchos territorios incorporados al mundo islámico temprano, Irán conservó su lengua y tradiciones preislámicas como el Nowruz, año nuevo persa, que se celebra cada 20 de marzo según el calendario solar. Irán se convirtió al islam sin dejar de ser persa**

bién en Ginebra, fue descrita por todas las partes como la que había alcanzado avances significativos, y se programó una nueva reunión en Viena en un plazo de diez días. Dos días después comenzó la Operación Furia Épica, una operación militar conjunta estadounidense-israelí contra Irán.

Vale la pena detenerse en esta simultaneidad. El progreso diplomático y la escalada militar no suelen coexistir a menos que las dos vías operen bajo lógicas políticas completamente distintas. En este caso, eso es exactamente lo que parece haber ocurrido.

- **Factores clave en las negociaciones nucleares**

1. Irán posee entre 400 y 450 kg de uranio enriquecido al 60 %. El nivel apto para uso militar requiere un 90 %. Ese *stock*, si se enriqueciera aún más, sería suficiente para aproximadamente diez artefactos nucleares.
2. La petición de Irán en las negociaciones era clara: verificar que el programa es civil y levantar las sanciones. Ese sigue siendo el intercambio sobre la mesa.
3. Estados Unidos, al menos formalmente, hizo un llamamiento a la población iraní para que se sublevara. En la práctica, pedir una revuelta popular equivale a pedir un cambio de régimen, independientemente de las matizaciones que lo acompañen.
4. Los objetivos de Israel son más claros y consistentes: destruir las capacidades militares de Irán, eliminar el programa nuclear y, si es posible, provocar el colapso del régimen, al que considera una amenaza existencial.

La distancia entre lo que dice la Administración Trump y lo que hace se ha convertido en un rasgo estructural de la política exterior estadounidense en este periodo. La lógica operativa no es la de una gran estrategia, sino la de una lógica transaccional. Si una acción genera resultados rápidos y visibles, recibe apoyo. Si se vuelve costosa y prolongada, se reconsidera. Esto influye enormemente en cómo está calculando Irán sus propias opciones.



Por qué la población no se levantará

Uno de los objetivos declarados de Estados Unidos es que el pueblo iraní derroque al régimen. Esto no va a ocurrir, al menos en las condiciones actuales, y conviene ser precisos sobre por qué.

El contrato social entre el Régimen y la sociedad iraní está roto. Lleva mucho tiempo roto, y las evidencias no se limitan a un único episodio. Desde 2017, Irán ha experimentado sucesivas oleadas de protestas masivas, cada una más amplia y más reveladora desde el punto de vista estructural que la anterior. Las protestas por motivos económicos de 2017 y 2018 comenzaron en las provincias y se extendieron a nivel nacional, impulsadas por el desempleo, la inflación y el colapso del rial. El levantamiento de noviembre de 2019, desencadenado por una repentina subida del precio del combustible, fue el más violento en décadas: el régimen mató a cientos de manifestantes en cuestión de días y cortó el acceso a internet para contener su propagación. Las protestas que siguieron al derribo del vuelo 752 de Ukraine International Airlines en enero de 2020 añadieron una capa de deslegitimación moral que atravesó todas las clases sociales. Y las protestas tras la muerte de Mahsa Amini en 2022 no fueron ni espontáneas ni limitadas a mujeres jóvenes urbanas: se prolongaron durante meses, se extendieron a todas las provincias y movilizaron a sectores de la sociedad iraní que nunca antes se habían manifestado abiertamente contra el régimen.

Lo que tienen en común estas oleadas de protestas no es que fracasaran, aunque así fue, sino lo que revelan: una ruptura entre Estado y sociedad que es profunda, estructural y creciente. Pero un contrato social roto no es lo mismo que la capacidad de derrocamiento político. La distancia entre ambas cosas, en el Irán actual, es muy grande.

Cuatro factores explican esta brecha. En primer lugar, la oposición está fragmentada y carece de liderazgo, tanto dentro del país como fuera de él. Dentro de Irán, el descontento abarca a la juventud urbana, a las mujeres, al clero tradicional (que se ha ido decepcionado con un régimen que ayudó a llevar al poder), a la población rural conservadora y a los *bazaríes*: la clase mercantil, cuyo conservadurismo comercial la convirtió en uno de los pilares fundacionales de la revolución, y cuyas protestas públicas en enero de 2026 señalaron que incluso esa lealtad tenía límites. Fuera de

► **Las protestas tras la muerte de Mahsa Amini en 2022 no fueron ni espontáneas ni limitadas a mujeres jóvenes urbanas: se prolongaron durante meses, se extendieron a todas las provincias y movilizaron a sectores que nunca se habían manifestado contra el régimen**



► **La guerra no produce revoluciones: las suprime. Mientras caen las bombas, el horizonte de una población se reduce a la supervivencia. La energía política necesaria para una insurrección no existe bajo un ataque militar. No se puede bombardear un país para que haga una revolución; solo se le puede bombardear para que se meta en un búnker**

Irán, la oposición en el exilio no es más coherente. Incluye a monárquicos constitucionalistas agrupados en torno a Reza Pahlavi, hijo del último Sha, cuyo apoyo dentro de Irán es difícil de evaluar y, casi con toda seguridad, está sobrestimado por su entorno; a los Muyahidines del Pueblo (MEK), una organización que comenzó como un movimiento guerrillero marxista-islamista, que se alineó con Saddam Hussein durante la guerra Irán-Irak, y que hoy opera con la disciplina interna y el aparato de presión externa propios de una secta más que como una alternativa política creíble; y a un conjunto disperso de grupos republicanos, liberales y de izquierdas que coinciden en poco más que en su oposición al régimen actual.

En segundo lugar, la guerra no produce revoluciones: las suprime. Mientras caen las bombas, el horizonte de una población se reduce a la supervivencia. La energía política necesaria para una insurrección simplemente no existe bajo un ataque militar. No se puede bombardear un país para que haga una revolución; solo se le puede bombardear para que se meta en un búnker.

En tercer lugar, e incluyendo tanto a la oposición interna como a la diáspora, está la cuestión de la legitimidad. Los iraníes pueden desear mayoritariamente un cambio, pero no quieren un cambio diseñado desde el exterior. No se trata de un antimperialismo abstracto, sino de una memoria histórica concreta. En 1953, la CIA y el MI6 organizaron un golpe de Estado que derrocó a Mohammad Mosaddegh, el primer ministro elegido democráticamente en Irán, y reinstauró al Sha, bajo cuyo mandato podían seguir expoliando los recursos naturales del país. Los iraníes no lo han olvidado, y la oposición en el exilio nunca ha afrontado adecuadamente ese hecho. La diáspora puede tener recursos financieros y una presencia notable en Washington, pero carece de una implantación real dentro de Irán. Cualquier liderazgo que parezca haber regresado al amparo de una intervención militar extranjera se enfrentará, desde el primer momento, exactamente a la acusación que ha deslegitimado el cambio apoyado desde el exterior en Irán durante los últimos setenta años. Ese no es un obstáculo que el *lobby* pueda eliminar.

En cuarto lugar, y de forma más fundamental, el Estado mantiene el monopolio de la fuerza. El instrumento que lo hace efectivo son los Basij: una fuerza paramilitar que opera bajo la Guardia Revolucionaria, presente en escuelas, universi-



dades, fábricas, sindicatos, comunidades rurales y redes tribales, además de contar con unidades cibernéticas propias. Existen 50 000 oficinas del Basij en todo el país. Se estima que los miembros afiliados y quienes mantienen algún grado de conexión con esta estructura se cuentan por millones. Incluso si se reduce esa cifra a la mitad por cautela, sigue siendo un número enorme. Los miembros activos a tiempo parcial, con formación militar y policial, rondan los 500 000, mientras que la fuerza *Vijeh* a tiempo completo se sitúa aproximadamente en 90 000. Se trata de personas con un alto grado de compromiso ideológico, en un nivel que ni siquiera la Guardia Revolucionaria, como fuerza militar convencional, alcanza. Mientras ese aparato permanezca intacto, el monopolio de la fuerza se mantiene para controlar cualquier sublevación.

El Estado mosaico: diseñado para sobrevivir

El segundo objetivo, el cambio de régimen a través de la presión militar, choca con la arquitectura del propio Estado iraní. Esa arquitectura no fue diseñada para la eficiencia. Fue diseñada para la supervivencia.

El principio rector es la redundancia. Bajo el liderazgo de Jamenei, la República Islámica ha sido deliberadamente construida de modo que ninguna institución acumule suficiente poder como para dominar el sistema o, lo que es más importante, derribarlo. Existen dos fuerzas armadas, la Guardia Revolucionaria (*Sepah*) y las fuerzas armadas convencionales (*Artesh*), con estructuras paralelas y cadenas de mando separadas. Hay dos servicios de inteligencia. El poder judicial, el Consejo de Guardianes, el Consejo de Discernimiento y la Presidencia poseen competencias superpuestas que se limitan mutuamente. Por cada poder, existe un contrapoder. El sistema es ineficiente por diseño. Y esa ineficiencia es precisamente la clave: hace que el conjunto sea extraordinariamente difícil de capturar o de hacer colapsar desde dentro.

El segundo principio, distinto pero complementario, es el mando descentralizado, lo que la doctrina militar iraní denomina defensa en mosaico. Irán cuenta con 31 provincias y 32 zonas de mando militar, ya que Teherán está dividida en dos. Cada una tiene, en caso de crisis, delegada las competencias para operar de forma independiente. Si se interrumpen las comunicaciones con el centro, las uni-

► **El Estado mantiene el monopolio de la fuerza. El instrumento que lo hace efectivo son los Basij: una fuerza paramilitar que opera bajo la Guardia Revolucionaria, presente en escuelas, universidades, fábricas, sindicatos, comunidades rurales y redes tribales, además de contar con unidades cibernéticas propias**



► **Irán cuenta con 31 provincias y 32 zonas de mando militar. Cada una tiene, en caso de crisis, delegada las competencias para operar de forma independiente. Si se interrumpen las comunicaciones con el centro, las unidades provinciales siguen funcionando; los gobernadores continúan gobernando; los mandos militares siguen operando**

dades provinciales siguen funcionando; los gobernadores continúan gobernando; los mandos militares siguen operando.

La implicación operativa es directa: las estrategias de decapitación no funcionan contra este diseño organizativo de este Estado en mosaico. Eliminar a un líder, destruir un ministerio o incluso atacar Teherán no pone fin al sistema. Lo reconfigura. Se elimina una pieza tesela; el mosaico continúa.

Doctrina estratégica: el arte de la guerra imposible de ganar

Irán entiende que no puede ganar una confrontación aeronaval convencional contra una potencia militar de primer orden. Esto no es derrotismo; es el fundamento de una doctrina. Porque junto a esa conclusión existe una segunda, igualmente clara: la superioridad militar no garantiza la victoria. Un adversario es vulnerable cuando el conflicto se prolonga sin resolución, cuando los costes (económicos, humanos, políticos) empiezan a superar lo que la opinión interna está dispuesta a soportar, y cuando no se vislumbra ninguna victoria clara. Estados Unidos en Afganistán y Estados Unidos en Irak lo demostraron con bastante precisión e Irán estaba prestando mucha atención.

Estas dos experiencias constituyen los dos pilares de la doctrina estratégica iraní. La guerra Irán-Irak (1980-1988) –ocho años de desgaste, cientos de miles de víctimas, uso de armas químicas contra las fuerzas iraníes con la aquiescencia efectiva de Occidente– forjó un liderazgo militar y político que entendía la vulnerabilidad convencional no como una abstracción, sino como una realidad vivida. De esa guerra surgió la determinación de que cualquier conflicto futuro se librara en términos diferentes. Las campañas estadounidenses de la década de 2000 aportaron la lección complementaria: que el ejército más poderoso del mundo, operando con dominio aéreo total y una superioridad material abrumadora, podía, aun así, verse desgastado por un adversario paciente y dispuesto a sostener un conflicto largo, desordenado y políticamente costoso.

La doctrina que surgió de estas dos experiencias formativas se basa en tres principios operativos. El primero es la absorción: la capacidad de recibir el golpe inicial y seguir siendo funcional (institucional, militar y políticamente). El segundo



es la respuesta rápida: responder con la suficiente rapidez como para establecer que la agresión tiene un coste y que el adversario no puede actuar sin consecuencias. El tercero es la expansión del teatro de operaciones: garantizar que el conflicto se extienda, se complique y resista cualquier intento de contención, de modo que el adversario nunca esté librando el enfrentamiento limpio y limitado que había previsto. El objetivo, en conjunto, no es la victoria en el campo de batalla, sino elevar el coste de la guerra por encima de lo que la otra parte está dispuesta a soportar.

Defensa adelantada, la estrategia del pulpo y la regionalización de la guerra

Hasta 2024, el principal instrumento para ampliar el teatro de operaciones era la red de actores aliados no estatales que Irán había construido y sostenido durante cuatro décadas. Llamar a estos grupos “proxies” (intermediarios) no es técnicamente incorrecto, pero subestima la lógica estratégica subyacente. El concepto adecuado es el de defensa adelantada: la proyección deliberada de la profundidad estratégica de Irán hacia el exterior, de modo que cualquier guerra con Irán comience no en sus fronteras, sino a cientos o miles de kilómetros de ellas.

La arquitectura era considerable. Hezbolá en el Líbano, con un arsenal de misiles de precisión capaz de amenazar centros de población israelíes y activos estadounidenses en todo el Mediterráneo oriental. Las fuerzas hutíes en Yemen, capaces de interrumpir el tráfico marítimo del Mar Rojo y atacar la península arábiga. Las redes de milicias chiíes en Irak, capaces de golpear bases estadounidenses en toda la región. El territorio sirio proporcionando corredores logísticos y profundidad operativa. Cada uno de estos componentes imponía costes independientes a cualquier adversario, fragmentaba la planificación militar y absorbía atención antes de que un solo soldado iraní entrara en combate.

El valor político de esta arquitectura era igualmente significativo: permitía a Irán ejercer presión manteniendo la negociación plausible y permaneciendo por debajo del umbral de un enfrentamiento militar directo con Estados. Irán podía calibrar la intensidad de un conflicto sin comprometer sus propias fuerzas en una guerra abierta. La guerra del Líbano de 2006, en la que Hezbolá sufrió daños importan-

► **Un adversario es vulnerable cuando el conflicto se prolonga sin resolución, cuando los costes (económicos, humanos, políticos) empiezan a superar lo que la opinión interna está dispuesta a soportar, y cuando no se vislumbra ninguna victoria clara. Estados Unidos en Afganistán y en Irak lo demostraron**



► **La doctrina estratégica iraní se basa en tres principios operativos: primero, absorción del golpe inicial y seguir operando; segundo, respuesta rápida; y tercero, expansión del teatro de operaciones. El objetivo no es la victoria en el campo de batalla, sino elevar el coste de la guerra por encima de lo que la otra parte está dispuesta a soportar**

tes, pero infligió costes suficientes a Israel como para ser ampliamente considerada un empate estratégico, confirmó la viabilidad del modelo. La posterior inversión en el programa de misiles de precisión de Hezbolá reflejó exactamente las lecciones que Teherán extrajo de ese conflicto.

A partir de 2024, la estrategia israelí evolucionó de un modo que incidía directamente en esta arquitectura. El enfoque, descrito en su momento como la “estrategia del pulpo”, era conceptualmente sencillo: atacar los brazos para aislar la cabeza. Si la fortaleza de la defensa avanzada de Irán reside en su red de actores aliados, degradar sistemáticamente esa red elimina las capas exteriores de disuasión y expone más directamente la capacidad del Estado iraní. La culminación operativa fue la eliminación efectiva de toda la cúpula dirigente de Hezbolá. Esto no fue simplemente un golpe simbólico. Hezbolá era, en muchos aspectos, el componente más sofisticado operativamente de la red de defensa adelantada de Irán, tan integrado con la Guardia Revolucionaria, especialmente en operaciones más allá de las fronteras libanesas, que funcionaba casi como una extensión de esta. Décadas de inversión, conocimiento institucional y experiencia operativa quedaron destruidas.

Con su anillo exterior degradado, Irán se quedó sin intermediarios a través de los cuales proyectar presión. El tercer principio de su doctrina, expandir el teatro de operaciones, tuvo que ejecutarse ahora de forma directa, sin la cobertura política que antes proporcionaban los actores no estatales. Lo que antes se gestionaba a distancia, pasó a ser responsabilidad directa de Irán. El resultado ha sido la regionalización del conflicto.

Regionalización: palanca económica y perímetro de costes

La respuesta de Irán a la pérdida de su red de defensa adelantada no fue repliegarse. Fue ampliar directamente el mapa de presión, apuntando a las infraestructuras (oleoductos, bases, relaciones con aliados, etc.) que sostienen la capacidad operativa de sus adversarios. Es en este punto donde convergen las dimensiones militar y económica de la estrategia iraní.



El estrecho de Ormuz canaliza aproximadamente entre el 20 % y el 21 % del petróleo crudo comercializado a nivel mundial, y cualquier interrupción sostenida de la navegación en esa zona produce efectos inmediatos sobre los precios del petróleo, las primas de seguros marítimos y las evaluaciones de riesgo regional, con impacto mucho más allá de las partes directamente implicadas en el conflicto. Los Estados del Golfo también producen la mayor parte de la urea mundial, uno de los fertilizantes agrícolas más utilizados, y cualquier alteración de esa cadena de suministro tiene consecuencias directas sobre la seguridad alimentaria de economías dependientes de la importación en Asia y África.

La salva masiva de misiles lanzada contra Israel durante la guerra de los Doce Días de junio de 2025 tuvo un propósito que iba más allá de la mera represalia. Este era el contexto: Israel había matado a Hassan Nasrallah en septiembre de 2024, descabezando de facto el liderazgo de Hezbolá, y posteriormente lanzó la Operación León Rugiente en junio de 2025, atacando directamente infraestructuras nucleares y militares iraníes. Irán respondió con lo que se convirtió en su mayor campaña de misiles hasta la fecha. Pero la escala de la respuesta tenía también una lógica de inteligencia, además de la militar. Irán conocía razonablemente bien los parámetros de funcionamiento del sistema Cúpula de Hierro (*Iron Dome*). Los sistemas de nivel superior Honda de David y la Flecha (*David's Sling* y *Arrow*) le eran mucho menos conocidos. Un lanzamiento masivo de saturación en condiciones operativas reales constituía, entre otras cosas, una evaluación en vivo: observar cómo funcionaban esos sistemas, identificar las brechas, aprender.

Lo que este intercambio también reveló fue la configuración de la arquitectura defensiva regional. Una proporción significativa de los misiles entrantes no fue interceptada por los sistemas israelíes operando desde territorio israelí, sino por activos estadounidenses desplegados en Estados miembros del Consejo de Cooperación del Golfo. Desde la perspectiva de Teherán, esto resolvió una ambigüedad: los Estados del Golfo no son anfitriones neutrales de infraestructuras estadounidenses. Son la primera línea de defensa de Israel. Jordania, cuyo espacio aéreo también fue utilizado para las interceptaciones, constituye la segunda. Los sistemas israelíes son la tercera. Esta reconceptualización influyó directamente en lo que vino después.

► **La respuesta de Irán a la pérdida de su red de defensa adelantada no fue replegarse. Fue ampliar directamente el mapa de presión, apuntando a las infraestructuras (oleoductos, bases, relaciones con aliados, etc.) que sostienen la capacidad operativa de sus adversarios**



► **Desde la perspectiva de Teherán: los Estados del Golfo no son anfitriones neutrales de infraestructuras estadounidenses. Son la primera línea de defensa de Israel. Jordania constituye la segunda. Los sistemas israelíes son la tercera**

Más allá del Golfo, Irán aplicó presión sobre un campo más amplio de objetivos identificables vinculados a Israel. Azerbaiyán es el caso más claro: aproximadamente el 30 % de las importaciones de petróleo de Israel fluye a través del oleoducto de Bakú, e Israel suministra alrededor del 70 % del equipamiento militar de Azerbaiyán, lo que convierte esta relación en un objetivo tanto energético como de defensa. Se cree que las facciones kurdas iraníes situadas a lo largo de la frontera oriental de Irak operan también con respaldo israelí, situándolas en la misma categoría de puntos de presión específicos y rastreables.

El panorama más allá de estos dos casos es menos nítido. Misiles iraníes penetraron en el espacio aéreo turco en varias ocasiones, probablemente dirigidos a la base aérea de Incirlik (una instalación de la OTAN que alberga fuerzas estadounidenses), aunque varios analistas atribuyen estos incidentes tanto a la estructura descentralizada de mando en mosaico de Irán como a una política deliberada central, lo que recuerda que, en una guerra librada bajo la doctrina de defensa en mosaico, no todos los ataques reflejan necesariamente una decisión tomada en Teherán. En Chipre, un ataque con drones alcanzó una base militar británica que sirve como un centro clave para las operaciones aéreas occidentales en Oriente Medio.

El patrón en todos estos casos es coherente: Irán no está librando una guerra bilateral. Está ampliando el perímetro del coste, asegurándose de que el mayor número posible de actores tenga interés en que el conflicto termine.

Conclusión: contra la simplificación de la complejidad

El fracaso recurrente a la hora de comprender Irán no es, principalmente, un fallo de obtención de inteligencia; es un fallo conceptual. Irán se analiza de manera sistemática a través de marcos diseñados para otros tipos de Estados: más pequeños, con menor resiliencia institucional, más vulnerables a estrategias de decapitación y menos arraigados en una identidad histórica profunda. Ninguna de esas descripciones encaja.

Irán es un Estado con dos milenios de continuidad, una arquitectura institucional deliberadamente diseñada para la supervivencia, una doctrina militar calibrada en función de las vulnerabilidades políticas de sus adversarios más que de sus



▶ **Irán es un Estado con dos milenios de continuidad, una arquitectura institucional deliberadamente diseñada para la supervivencia, una doctrina militar calibrada en función de las vulnerabilidades políticas de sus adversarios más que de sus capacidades militares, y una posición geográfica que le otorga un poder económico desproporcionado**

capacidades militares, y una posición geográfica que le otorga un poder económico desproporcionado respecto a su fuerza militar convencional. Tomarse todo esto en serio no implica simpatía por el régimen. Es el requisito mínimo para un análisis útil.

Los titulares explican qué está ocurriendo. Rara vez explican por qué la situación tiene la lógica que tiene o quién está pagando realmente el coste. Esas son las preguntas que importan. Y una última reflexión: este régimen caerá, tarde o temprano. Pero no caerá desde fuera. Caerá desde dentro, cuando los iraníes decidan que ha llegado el momento. Ese momento no lo fija Washington ni Tel Aviv.

faes
FUNDACIÓN

Suscripción a Cuadernos de Pensamiento Político:

<https://fundacionfaes.org/analisis-de-faes/#htmegatab-11b63d74>

www.fundacionfaes.org

C/ Ruiz de Alarcón, 13. 2ª planta
28014 Madrid
Tif 915 766 857
info@fundacionfaes.org
fundacionfaes@fundacionfaes.org

DONACIONES

REDES SOCIALES

